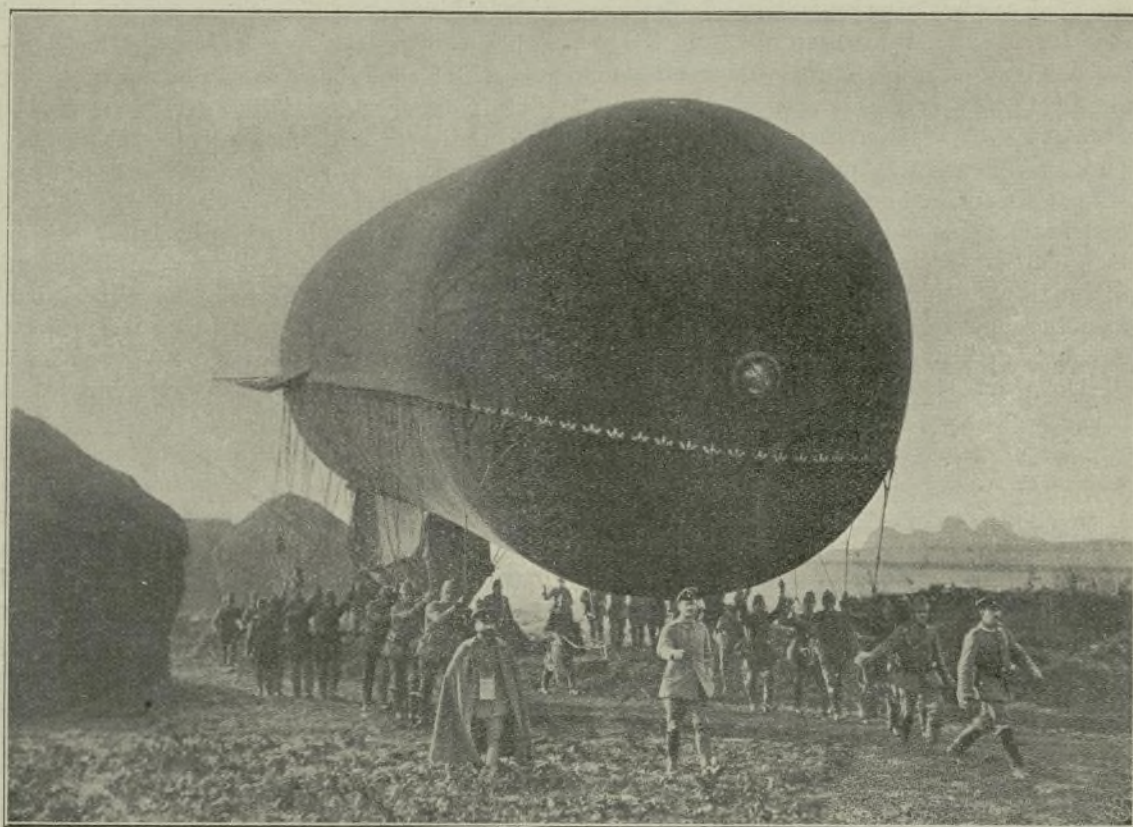


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 100.—BARCELONA 31 DE MARZO DE 1916



Ascensión de un globo cautivo alemán, para observar los movimientos enemigos, en los combates de la Champaña

## CRONICA INTERNACIONAL

I. A vueltas con el mismo tema.—II. Esperanzas ilusorias.—III. Las nacionalidades redimidas.—IV. La situación interior de Italia

### I.—A vueltas con el mismo tema

Mientras los franceses se desangran, pelean heroicamente los rusos y soportan los italianos los rigores de una campaña en los Alpes del Tirol, están engolfados los ingleses en discusiones bizantinas sobre la aplicación del servicio militar obligatorio. Parece que se trate de un sainete más que de un drama; la parte trágica queda para los aliados.

Con el sistema de Lord Derby se alistaron muchos casados, contando con la promesa que repetidamente les hizo aquel Lord de que no serían llamados antes que los solteros. No pocos casados, sin embargo, dejaron de atender a las exhortaciones y consejos de los reclutadores y no se alistaron. En este estado las cosas, el Gobierno ha dispuesto de la noche a la mañana que sean convocados los casados comprendidos entre determinados límites de edad, sin haber llamado, ni mucho menos, a todos los solteros alistados. La indignación que este hecho ha

producido en los casados ha sido extraordinaria y se ha manifestado áspera y ruidosamente. Las invectivas contra Lord Derby no son para referidas. Como consecuencia, los casados han elevado al Gobierno tres peticiones: 1.<sup>a</sup> que no se llame a los casados sin haberse agotado la existencia de solteros; 2.<sup>a</sup> que se conceda una prórroga a los casados que se alistaron voluntariamente, para que tengan tiempo de preparar sus asuntos, y además que el Estado cuide de un modo más eficaz del sostenimiento y bienestar de las familias; 3.<sup>a</sup> que los casados que no se apuntaron en el sistema de Lord Derby, no gocen de un régimen de favor, como parecen indicar las disposiciones del Gobierno. Estas peticiones, que en el fondo son justificadas, preocupan a la opinión en Inglaterra, sobre todo la segunda que puede tener gran trascendencia en el presupuesto y acaso acarrearía el aplazamiento indefinido de la llamada de un gran número de casados.

Lo peor del caso es que los casados y la opinión



en general culpan a Lord Derby, porque fué él quien contrajo los compromisos con los casados y quien dirigió la campaña del servicio obligatorio. Pero es preciso reconocer que el referido Lord ha tenido discusiones muy agrias con el Gobierno, porque éste no se ha mostrado todo lo severo que era de esperar con las exenciones numerosísimas que está concediendo. El Lord se ha quejado más de una vez de que le desnaturalizaban lo que él había hecho; el Gobierno tiene compromisos y atenciones a las que no puede hacerse extraño, mientras que Lord Derby se encontraba en una situación más independiente. De aquí que el proceder del Gobierno no haya ido de acuerdo con el de aquel gran reclutador.

Por lo demás, no ha sido muy afortunado Lord Derby en sus reclamaciones insistentes. Han menudeado las exenciones y benevolencias, y los periódicos vienen llenos de reclamaciones por servir en las fábricas y en las diversas dependencias del Estado numerosos funcionarios y obreros de menos de 40 años, muchos de ellos que no llegan a los 30 años, con perjuicio para el efectivo del ejército. Podían darse aquellos puestos a hombres de edad madura y enviar los jóvenes a las filas. No hay que olvidar sin embargo que en un país donde tanto pesa la opinión, y tratándose de una ley que no ha sido bien recibida por una gran parte del pueblo, la implantación del servicio obligatorio sólo ha sido posible suavizando los preceptos legales, por un lado, y por otro y principalmente, poniendo en su aplicación práctica mucha suavidad y condescendencia, con objeto de que no se enojaran los personajes que gozan de arraigo, por uno u otro concepto, en el país.

Estas discusiones, y las que aún apasionan más, de las medidas que deben adoptarse para proteger a Inglaterra contra los ataques de los aviones y zeppelines, ocupan a todo el país. Los periódicos cuidan de decirlo a cada momento, y si se olvidan no tardan en proclamarlo desde la tribuna parlamentaria los más significados gobernantes, que mientras Inglaterra posea el dominio de los mares no es posible que Alemania triunfe. Si además se consiguiera tener el dominio del aire, la situación sería enteramente satisfactoria. Los buenos britanos están, pues, tranquilos, entregados en cuerpo y alma a resolver estos asuntos de interés propio y directo, y no ponen en la guerra, ni siquiera en las batallas de Verdun la atención que los demás beligerantes. Se contempla con satisfacción que los franceses con su tenaz resistencia causen graves quebrantos en el ejército alemán, y se excita a los rusos a que prosigan la invasión de Persia y salven a los sitiados en Kut-el-Amara—que no han podido ser socorridos por los ingleses;—y como el único peligro que amenaza a Inglaterra es que aparezca un avión, un dirigible y lance unas cuantas bombas, es natural (?) que con toda cachaza se resuelva la cuestión del servicio obligatorio y se tomen con relativa indiferencia los acontecimientos.

Efectivamente, Inglaterra puede estar tranquila mientras sus escuadras dominan el mar, y en tanto ocurra esto no será derrotada Albión; pero ¿qué efecto harán estas declaraciones en Rusia, Italia y Francia, que pueden verse en una situación apurada y peligrosísima, aunque Inglaterra sea la due-

ña y señora de los mares? Verdaderamente, la ingenuidad y la franqueza de los ingleses pasa de la medida; no parece sino que estén convencidos de que la epidermis de los aliados es más dura que la británica; por supuesto, la culpa no es de los ingleses.

## II.—Esperanzas ilusorias

Los pocos periódicos alemanes que han conseguido pasar a través de la estrecha malla tendida por el Gobierno inglés en combinación con los franceses e italiano, revelan la recrudescencia de la campaña indirecta, pero bien patente y clara, a favor de una reconciliación con Francia. Lo que los neutrales estamos viendo hace muchos meses, esto es, que Inglaterra hace la guerra con los hombres y recursos y apoyándose en los sufrimientos de los aliados, y en primer lugar de Francia, lo están poniendo los alemanes ante los ojos de sus adversarios del Oeste, para que se persuadan de una vez de que sus verdaderos enemigos son los britanos y no los alemanes.

Al mismo tiempo, se tienden cables a Francia, dándole a conocer que si se prestara a hacer la paz, las condiciones que se le concederían serían por todo extremo honrosas, sin la más leve sombra de humillación; porque el enemigo de los alemanes es Inglaterra y no Francia; se pintan las ventajas que reportaría Europa y el mundo entero de una inteligencia franco-alemana; y se hace un llamamiento a la hidalguía de la nación vecina. Todo esto, si no se dice con todas las letras y tan claramente como queda expuesto, se indica con la bastante transparencia para que lo puedan entender todos. Sin duda, Alemania firmaría una paz inmediata con Francia, aceptando el *statu quo ante bellum*. Beneficiadas quedarían entonces ambas potencias, y no poco ganaríamos los neutrales también. El adversario más formidable, el único realmente temible, que tiene es Francia; y ésta a su vez no ha de ganar, según todas las probabilidades, mucho con la continuación de la guerra que la empobrece y la sangra. En este concepto, es muy posible que en el fuero interno de franceses y alemanes se sienta la conveniencia de poner término a las hostilidades y hacer una paz honrosa, prescindiendo de la política que se ha seguido en los últimos años, substituyéndola por otra más práctica, pacífica y beneficiosa para todos.

Pero estos deseos de los alemanes, que éstos revelan tal vez porque su situación actual es más ventajosa que la de sus adversarios, no pueden ser manifestados por los franceses, cuyo patriotismo les llevaría antes a la total perdición que a dar un paso que podría interpretarse como señal de debilidad, temor o flaqueza. Si las cosas hubieran tomado el giro contrario, fueran entonces los alemanes los que no quisieran mostrarse asequibles a las indicaciones del vecino. Compete en realidad a los gobernantes el pronunciar la primera palabra. Pero en la *Entente*, quien gobierna de hecho es Inglaterra, salvo en Italia, y la Gran Bretaña no tiene todavía por qué inclinarse a la paz. Y así, en provecho y por conveniencia de uno solo, continuarán las matanzas hasta que Dios se apiade del mundo.



### III.—Las nacionalidades redimidas

Ya en otra ocasión hemos indicado el recrudecimiento que se observa en la lucha de nacionalidades en el S. E. de Rusia, desde que las victorias de los germanos arrojaron a los rusos de parte de los antiguos reinos de Polonia y de los territorios de Ucrania. Los ucranios, mal avenidos siempre con la dominación rusa, y de personalidad menos definida, en razón a pertenecer en su mayoría a clases agrícolas, que los polacos, han sido constantemente más desatendidos que estos últimos, y las circunstancias actuales se les presentan poco favorables para el logro de sus reivindicaciones.

Polonia, libertada del yugo moskovita, ve la posibilidad de erigirse, si no en reino independiente, por lo menos en ducado o principado dotado de amplia autonomía, y dependiente de Alemania o de Austria. Cuanto mayor sea ese nuevo Estado y más abundante su población, claro está que será más respetable y mejor tratado; a tal fin, pretenden los polacos, que los ucranios, por lo menos la grande rama de los rutenos, formen parte de la nueva Polonia, cuyas fronteras se extenderían, por consiguiente, bastante hacia el E. y sobre todo el S. E. de las actuales. La constitución de un Estado polaco realmente importante, no es vista con malos ojos en Alemania, porque se interpondría, entre este reino y el colosal moskovita, otro país que recibiría los primeros golpes del último y serviría de muralla a los alemanes, permitiéndoles en el caso más desfavorable prepararse contra el ataque ruso. En este concepto general coinciden las aspiraciones alemanas con las polacas, aunque discrepen en las garantías y libertades que han de concederse a la Polonia reconstituida.

Semejante acuerdo no es del gusto de los ucranios. Estos tienen sus simpatías del lado de Austria, que es el país de Europa que trata con más suavidad a todos sus súbditos y el que permite con más amplitud el desenvolvimiento de todas las nacionalidades que integran el Imperio. Rutenos y polacos han convivido bien en Galizia, gracias a la templanza y espíritu liberal de los austriacos. La rusificación enérgica y rigurosa de esta provincia durante el tiempo que permaneció en manos de los rusos, ha despertado contra éstos la hostilidad de rutenos y polacos, que bien claramente han visto el triste porvenir que les esperaba si el triunfo se hubiera declarado por el Czar. La provincia rutena de Vladimir-Volinski, aunque geográficamente parece que es polaca, es una de las que con más vehemencia sostiene su incorporación a Galizia, esto es, al imperio austro-húngaro.

Será difícil conciliar las dos tendencias, que señalarían líneas divergentes en la política de Alemania y Austria. Todavía existe una tercera, favorable a la continuación en el Imperio ruso, formada principalmente por los grandes hacendados y los que tienen mucho que perder con la división territorial del país ucranio. Los representantes de esta última tendencia han dejado oír su voz angustiada, pero enérgica, en la Duma, sin lograr que el Gobierno ruso les hiciera caso; lo más que han logrado es que el ministro del Interior se descargue de responsabilidad, diciendo que las medidas restrictivas adop-

tadas lo han sido por su colega de Guerra y que no es ocasión la presente para dar explicaciones, y que el Gobierno declare en la Duma que la cuestión polaca, y su secuela la ucraniana, serán examinadas con toda benevolencia cuando termine la guerra. Respuesta asombrosa, porque estando la Polonia y parte de la Ucrania en poder de los germanos, el menor instinto de conservación parecía que debía de dictar al Gobierno moskovita frases y más que frases, actos de satisfacción a las legítimas demandas de polacos y rutenos. Si esto dicen ahora los gobernantes, no es difícil imaginar qué es lo que ocurriría si la victoria se mostrara amable con los rusos. Aún no se han decidido a dar el primer paso para cumplir la solemne promesa del gran duque Nicolás al empezar la guerra. Han perdido la Polonia, y todavía pretenden echárselas de señores y dominadores de ella.

Las noticias que llegan de Rusia dan a conocer la ansiedad con que se aguarda la próxima ofensiva de los austró-alemanes, que tal vez desate el nudo y resuelva de una vez la cuestión polaco-rutena. Esa pugna de nacionalidades constituirá en lo porvenir otro semillero de conflictos; en previsión de lo que es inevitable, quisiera Alemania desmembrar el S. E. de Rusia, para encender en todas las regiones del mar Negro el deseo de separarse de Rusia y constituir una nacionalidad independiente; la verdad es que si esas regiones estaban mal con Turquía, no les va mucho mejor con el Imperio blanco. Los avances de los rusos en Asia, son seguidos sin demasiado disgusto en el centro de Europa, por convenir a los germanos, y no sólo a ellos sino a todos los pueblos de occidente, que Rusia regrese a sus límites y objetivos asiáticos, y no pretenda imponernos su atrasada civilización oriental. De estas consideraciones se deduce cuántos y cuán graves problemas va a dejar planeados la presente guerra cuando termine, problemas que no se resolverán a su vez de otro modo que con sucesivos derramamientos de sangre.

### IV.—La situación interior de Italia

El Gobierno italiano, cuya posición no ha sido firme en ningún momento, se tambalea. La oposición y los partidos extremos se muestran cada día más disgustados, y en las Cámaras menudean las diatribas y los ataques violentos. A falta de otro mejor que quiera asumir la responsabilidad del Poder en estas graves circunstancias, el Gobierno se sostiene y va conllevando la situación, a costa de su prestigio y autoridad.

Lo importante no es el descontento de que tantos indicios hay en el Parlamento; sino el disgusto público que es tan hondo, que ya casi no se trata de ocultarlo. Razón hay sobrada para tanto.

Mientras el pueblo francés consideró la guerra como un mal necesario y estaba espiritualmente preparado para ella desde medio siglo atrás, en Italia nadie creía en la posibilidad de una guerra contra Austria. Este Imperio era para algunos, pocos o muchos, un enemigo tradicional, pero no había ofensas que vengar, ni Austria detentaba territorios que hubieran pertenecido a un reino italiano, que no existía. Aparte de esta consideración, Italia entró



voluntariamente en la guerra, inflamada la imaginación popular por discursos vibrantes, poesías ardientes y artículos periodísticos llevados al rojo. La derrota de Austria era segura, fácil y poco costosa, Italia cobraría una reputación que mucho anhela, y poco menos que sería el árbitro de Europa. Las ilusiones no tardaron en desvanecerse. Austria resistió bravamente, y al cabo de diez meses se encuentran las tropas italianas en las mismas posiciones que el primer día; eso sí, la península está llena de heridos, muchos millares de familias llevan luto por la muerte de deudos suyos en el frente, las subsistencias se han puesto por las nubes, apenas llega carbón, ha disminuido el trabajo, y la miseria se extiende de un modo pavoroso, porque el Estado no cuenta con los recursos del francés ni el británico,

del cual copiamos algunas interesantes páginas. Las que siguen se refieren a la visita del explorador al cuartel imperial, establecido a la sazón en Luxemburgo.

A mi llegada a Luxemburgo tuve el honor de ser invitado para almorzar al día siguiente a la una con el emperador Guillermo. La mayor parte de los convidados vivían en el hotel Staar, y desde él habían de salir los automóviles. Yo fui con el ayudante general von Gontard. El emperador vivía en la Legación alemana, y tenía sus habitaciones particulares en el primer piso. En el piso bajo estaba la cancellería, en la cual se veían extendidas sobre mesas inclinadas cartas de los teatros de la guerra; al lado estaba el comedor, que era una habitación pequeña.



Una tropa de senussí, en marcha hacia el mar Rojo

para atender a las familias de los soldados que pelean por la patria. Por si algo faltara para ennegrecer el cuadro, la destrucción de Serbia, la pacificación de Montenegro, la indefensión en que se está dejando a Albania, y el poco afecto que demuestra la prensa francesa y la británica a los italianos, han producido un mohín de cólera en el pueblo. Con él no se puede jugar. Se le entretiene con ofensivas y batallas, que obligan a los buenos patriotas a reprimir su irritación, pero no parece que pueda prolongarse mucho este estado de cosas. Italia dará todavía mucho que hablar.

F. LARÍN.

## EL KAISER EN CAMPAÑA

El famoso explorador sueco Sven Hedin visitó el frente alemán en los primeros meses de la guerra, y como recuerdo de su viaje ha publicado un libro,

En la cancellería se reunieron los convidados, todos con uniformes sencillos sin distintivos; yo mismo vestía de americana. En el séquito del emperador, encontré a dos antiguos conocidos: al ayudante general von Plessen y al almirante von Müller, que es oriundo de Smaalandia y que habla el sueco tan bien como el alemán. Además vi allí a los señores y ayudantes von Treutler, barón de Marschall, von Mutius, el inspector médico doctor Ilberg, el príncipe de Pletz y von Arnim. De modo que éramos diez comensales.

A la una en punto, se abre la puerta del vestíbulo y el emperador Guillermo entra con paso tranquilo y resuelto. Todas las miradas se dirigen a su recia figura de mediana estatura. Se hace un silencio absoluto; se comprende que acaba de entrar en la habitación una importante personalidad. Todo el local, por lo demás tan modesto, ha adquirido una importancia extraordinaria. En él está el eje en torno del cual giran los sucesos mundiales. Allí está el



lugar desde el cual se dirige la guerra. «Alemania ha de ser aplastada», dicen sus enemigos. «Puedes estar tranquila», dice el ejército alemán a su Patria. Y aquí, entre nosotros, está su caudillo supremo, una imagen de honradez, resolución y hombría de bien. Le rodean los pensamientos de todo el mundo, es objeto del cariño, de la confianza ciega y de la admiración, pero también del temor, del odio y de la calumnia. El, que desea la paz, está envuelto en la guerra más grande de la historia y alrededor de su nombre ruge la lucha. Un hombre que en un reino de la misma raza (Inglaterra) ha podido despertar un odio tan insensato y unas calumnias tan vergonzosas, tiene que ser en verdad muy importante, porque de lo contrario sus detractores le hubieran dejado en paz y hubiesen volcado su ira sobre quien fuera más de temer. Pero todo lo que representa calum-

agudeza y la rapidez con que se hace cargo de la situación revela al observador y al artista; su conversación oportuna al hombre de Estado; su actitud enérgica, sus movimientos expresivos y sus brillantes narraciones de los combates, al caudillo; su amabilidad, modestia y cortesía y sus palabras varoniles y de mando, al soberano acostumbrado a ser obedecido. Feliz el pueblo que, especialmente en tiempos azarosos, cuenta con un soberano que tiene la confianza de todos y de cuya competencia nadie duda.

Sus ojos poseen una fuerza magnética y maravillosa y cautivan a todos. Parece que el local ha quedado alumbrado por una luz más clara cuando en él resplandecen los ojos del emperador. Son sumamente expresivos. Ante todo, traducen una voluntad inquebrantable y una férrea energía. Revelan la compasión hacia la ceguera de los que no quieren re-



Columna austriaca de aprovisionamiento avanzando por camino pantanoso

nia, cobardía, cae sobre su cabeza. Sus intenciones se cambian de sentido, sus palabras se interpretan mal, de sus actos se hacen crímenes. Pero en toda Alemania, en todo el ejército alemán, resuenan elogios en su honor. En las misas de campaña, en todas las iglesias de Alemania, en los días laborables y en los festivos, se reza con devoción por su bien. «Puedes estar tranquilo», dicen los soldados a su emperador, y ellos a su vez saben que él nunca deja de cumplir su deber, y que jamás cederá sin que el porvenir de Alemania esté asegurado.

No es un Carlos V, no es un Imperator quien ha entrado en la cancillería. Es un oficial con un uniforme sencillísimo, con una guerrera corta de color gris azulado, con una doble fila de botones; pantalón oscuro y botas amarillas de campaña. No lleva siquiera la pequeña cinta negra y blanca de la Cruz de Hierro. Pero es una personalidad que cautiva y atrae, un hombre de mundo, cortés y amable. Su

conocer que él sólo desea aquello que agrada a Dios y sirve a su pueblo. Denotan también un entendimiento agudo, al cual no escapa nada, y un temperamento de muy buen humor. Asimismo indican honradez, amor a la verdad y una sinceridad que se pone de manifiesto en la fijeza de su mirada cuando habla, mirada que subyuga.

El sentimiento de cortedad que tal vez se haya experimentado mientras se esperaba al hombre más poderoso de la tierra, desaparece enteramente en cuanto el emperador, después de un apretón de manos en extremo vigoroso, y de un saludo afectuoso, empieza a hablar. Su voz es varonil, militar, se expresa con extraordinaria claridad, sin omitir una sola sílaba. No necesita buscar nunca una palabra, sino que siempre las encuentra con una expresión a veces muy vigorosa. Acompaña a su conversación con movimientos rápidos y expresivos de su brazo derecho, mientras el izquierdo permanece tranquilo. Su con-



versación fluye cautivadora e interesante. Frecuentemente la interrumpe con preguntas rapidísimas, que hay que procurar contestarlas también con igual celeridad y claridad, y si esto se consigue se observa la satisfacción en su semblante. Es sumamente impulsivo y su conversación es una mezcla de seriedad y broma. Una contestación oportuna o una anécdota divertida provocan en él una carcajada espontánea, que agita todo su cuerpo.

Por orden del Kaiser pasamos al comedor. El almirante von Müller se sienta a la izquierda y yo a la derecha del ilustre anfitrión; frente a él el ayudante general von Gontard.

La mesa del almuerzo estaba puesta con sencillez. No había más lujo que la campanilla dorada delante del cubierto de Su Majestad, con la que llamaba cada vez que había de servirse un nuevo plato. El almuerzo fué igualmente sencillo: sopa, carne con verdura, principio, fruta y vino tinto. Rara vez he sentido más hambre que al levantarnos de la mesa del emperador (!), no por el número escaso de platos, sino porque no se produjo pausa alguna en la conversación hasta que sonó la campanilla por última vez, nos levantamos todos y los lacayos con libreas de campaña retiraron nuestros sillones. El emperador habló conmigo casi todo el tiempo. Se refirió a mi última conferencia en Berlín, a la que había asistido; dijo que el Tibet, donde yo había pasado tiempos tan agitados, sería pronto la única región de la tierra que tuviera tranquilidad. Después habló de la situación mundial y de las tormentas que rugían sobre Europa. Me agradó especialmente escuchar con cuánta consideración y simpatía hablaba de Francia el emperador. Se lamentó de la necesidad que contra su deseo le había obligado a llevar su ejército contra los franceses, y manifestó su esperanza de que llegarían días en que franceses y alemanes pudieran vivir en buena vecindad. Con ese objetivo había trabajado durante veintiseis años y esperaba que de la guerra actual surgiría un orden de cosas totalmente nuevo. El acuerdo entre Francia y Alemania constituiría necesariamente un baluarte inquebrantable para la paz futura. Pero primero había que lograr el triunfo sobre los inmensos ejércitos que cuatro grandes potencias arrojaban contra las fronteras de Alemania y contra las posesiones alemanas en continentes alejados; después vendría una paz honrosa y que garantizase la seguridad en todas las fronteras; y, finalmente, la paz mundial grande y firme. Ante todo, el emperador pone su confianza en Dios, pero también confía ciegamente en el pueblo alemán y su grande y magnífico ejército. Confía asimismo en la brillante bravura y en el desprecio a la muerte de los soldados y en el cuerpo de oficiales que los dirige en la tierra y en el mar.

Si tuvieran los franceses una idea de la verdadera manera de pensar del Kaiser le juzgarían de un modo muy diferente a como lo hacen. Y nadie creerá que yo había de tomar sobre mí la responsabilidad de poner en boca del emperador otros juicios que aquellos que verdaderamente expresó y que yo mismo le oí. Eso sería pagar mal la hospitalidad que disfruté en el frente. En la mesa de la cancillería había cigarros y cigarrillos y una luz encendida. Allí continuó la conversación animada, en serio y en broma, alternando relatos de los horrores de la gue-

rra, con anécdotas divertidas, hasta que el emperador se despidió deseándome un viaje feliz e instructivo, y subió a sus habitaciones, donde seguramente le esperaban montañas de papeles y de cartas, informes y telegramas. Todo lo que se ha dicho de que el emperador ha envejecido con la guerra, de que ésta con sus fatigas y preocupaciones ha destrozado su salud, es fantasía. Su pelo no ha encanecido, su semblante tiene buen color; y lejos de estar quebrantado y enflaquecido, rebosa salud y vigor. Un hombre del temple del emperador Guillermo se encuentra en su elemento cuando la fuerza de las circunstancias le obliga a empeñar cuanto posee y ante todo ofrecerse él mismo para la utilidad y el honor de su nación.

Traducido por  
GRAVELINAS

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### En tierra, en el aire y bajo el agua

—¿Se respira, señor A?

(El señor A).—A pleno pulmón, y un aire oxigenado y reconfortante, por si no bastara.

—Y, además, literario. Ya era hora de que pudiera V. conciliar el sueño; para que luego alardee usted de que estaba tranquilo y no tenía nada que temer. Vamos, que el susto es de aquellos que quitan el hipo; verdad es que los ingleses estaban preparados a prestarles los últimos auxilios, que no eran precisamente espirituales, sino de altisonante prosa. Ellos, siempre tan dadivosos y desprendidos, ¿no es cierto, señor B?

(El señor B).—Cada cual es como es, pero cuando un inglés dice A, A tiene que ser, por encima de todo y mal que pese a los teutones; vuelva V. por otra.

—Me quedo en la misma, porque podrá ser por encima de todo, pero de la tierra no; pregúntele usted al flamante ministro del Aire y recuerde V. que los ingleses, que se encuentran ahora en el período del alistamiento para combatir en la próxima guerra, están pendientes de los huéspedes aéreos. ¡No es menudo temor el que les han cobrado!

(El señor B).—¿Le haría a V. gracia que le arrojaran una bomba sobre la cabeza?

—Tanto me importaría que fuera una bomba como una flecha, símbolo de la tradicional agudeza gala. Pero hay un medio muy sencillo de evitarlo.

(El señor B).—¿Cuál?

—Irse al frente, o mejor aún caer prisionero de los alemanes.

(El señor B).—¿Y las mujeres y los niños y los ancianos?

—Que los parta un rayo, dicen los ingleses; refiriéndose, naturalmente a Alemania. Los alemanes, gente grosera y ordinaria, responden que más vale un toma que dos te daré. Lo cual significa que el teutón conjuga el verbo en presente y el britano en futuro. De promesas está lleno el infierno, en sentido retórico y en el práctico.

(El señor B).—En cuanto abre V. la boca, sobreviene el desacuerdo.

—Es lógico: yo la abro para reirme, y V. para



tragar ruedas de molino; pone V. una cara tan rara, que aún me hace V. reír más. ¿Qué me dice V. del tío Sam, y de Rumanía, de Suecia, de Grecia, de Mónaco y de la Patagonia?

(El señor B).—Para perder tiempo en eso estoy; otras cosas tengo que hacer.

—Ya lo sé; proteger la libertad de los mares, defender al débil, con las manos de otro; discutir el planteamiento del servicio obligatorio, y, en todo tiempo y ocasión, porque morir habemos, la vida es corta y hay que aprovecharla, prestar dinero. Lo cual no quita que las libras valgan menos de 25 pesetas. ¡Para que se dé V. tono!

(El señor B).—¿En qué consiste, don Subrio, que siempre la toma V. conmigo?

—En que el señor A tiene el genio más huraño; no hay para menos: Dunquerque y Calais en poder de los protectores de Juana de Arco, el N. y N. E. de Francia en manos de los alemanes, de los descendientes de aquellos guerreros que evitaron una carrera en pelo a Lord Wellington; un ejército papando moscas en Salónica; los hombres de 50 años manejando gallardamente el fusil—¡cómo recordarán los bríos de su juventud!—una plaga de *Temps* y de escritores elocuentes; y Verdun si cae o si se derrumba.

(El señor A).—¿Tiene V. el atrevimiento de citar a Verdun, que es una de las glorias más indiscutibles y puras de Francia? ¿El pedestal del genio militar francés?

—Que lo diga la danza de generales. Nada menos que cuatro nombran los periódicos, como relevados en una semana. Así paga el diablo a quien bien le sirve.

(El señor A).—¿Qué quiere V. dar a entender con esas palabras?

—Que he visto a muchos generales relevados, por no acertar a salvar situaciones que ellos no crearon; pero todavía no he visto que haya fracasado ningún gobernante; no les daría más castigo que ponerlos a la cabeza de los ejércitos; ¡qué pronto se haría la paz! ¡Hay tanta distancia de leer una matanza a formar parte de ella! La literatura guerrera moriría en flor, con ventaja de nuestros descendientes y mayor honra nuestra.

(El señor A).—¿No le entusiasman los altos hechos de los rusos?

—Son gente que no la entiendo. Tienen su país invadido y se van a redimir armenios; no pueden en su casa con los germanos, y van a contarles el cuento a los persas. ¡Qué caprichos tan raros se presencian en estos tiempos de Porro y Kuropatkin! Me recuerda esto el caso de aquel cazador de leones, que oyó un rugido y atrancó las puertas de su casa; por la noche se desquitó matando pulgas. Pero, al fin y al cabo, buenos sustos y picotazos le costó la función, mientras que hay otras personas que sólo se asoman a la ventana para ver el tiempo que hace. No es alusión, señor B., es una gracia estilo Northcliffe.

(El señor B).—Debiera V. de expresarse con más respeto acerca de uno de los hombres más ilustres de Inglaterra. ¡Northcliffe, ahí es nada!

—Sí, nada, y encima guarda la ropa. A los franceses no les habrá enviado un solo soldado, pero ¡qué modo de colocarles *Times* y *Daily Mails*! Más

valen muchos pocos que pocos muchos; la suma es una gran operación de economía política.

(El señor B).—Inglaterra es una nación grande, poderosa, fuerte...

—¿No ha de serlo, hombre de Dios, si fabrica y trafica, sin perder energías, en tanto que los demás se agotan? Es la máxima inglesa más acreditada y sabia: si quieres ser fuerte, haz que los demás se debiliten; si no basta, préstales dinero.

(El señor B).—Se acabó, don Subrio; venga a cuento o no venga, cada momento saca V. a relucir a Inglaterra; parece que la tenga V. montada en las narices.

—En otro sitio peor; en un callo del pie; sólo que yo tengo menos mansedumbre que otros que la padecen en lugares análogos. Pero, no se enoje V., señor B, que ahora vamos a entendérmolas el señor A, si tiene paciencia, y yo.

(El señor A).—Estoy a su disposición, don Subrio, porque yo, como Verdun, me río de los gases afixiantes y hasta de los peces de colores.

—¡Tate, tate! ¡Peces, y de colores! La alusión no puede ser más clara: nadan bien en el agua, temen al aire, van de colorado, de azul... lo dicho, señor B; yo lo siento, pero conste que el disparo viene de Verdun.

(El señor B).—A donde también hemos llevado nuestra poderosa ayuda.

—Sí, en forma de ambulancias, hospitales, médicos y algunos cuáqueros. Volvamos al señor A. ¿Contentísimo con Verdun, verdad? Vamos a cuentas: ¿de cuánto terreno se han apoderado ustedes? ¿Cuántos fuertes, trincheras, reductos, hombres, cañones y ametralladoras han caído en sus manos? ¿Están ustedes más cerca de Berlín?

(El señor A).—Se necesita atrevimiento para dirigirme esas preguntas. Atacan los alemanes, y quiere V. que nosotros ganemos terreno y nos apoderemos de cañones.

—¿Reconoce V. que han perdido algo? Si es así, tendré que felicitarle como cuando se marcharon los aliados de Gallípoli; ¿se trata de una retirada estratégica?

(El señor A).—El caso no admite tergiversaciones: los alemanes pretendían apoderarse de Verdun y

—¿Verdun se ha apoderado de ellos?

(El señor A).—... y Verdun se yergue donde estaba, desafiando el empuje enemigo. Si esto no es una victoria francesa, dígame V. qué será.

—Muy sencillo: una derrota. En un mes de batalla no han dejado ustedes de marchar hacia atrás, primero deprisa y luego despacio, pero siempre al compás del paso de los teutones. Verdad es que en Verdun se encuentra la posición más fuerte y mejor defendida de Francia, y no es menos cierto que todo lo que han perdido ustedes carece de importancia, hasta el día que lo reconquisten de nuevo, que será *ad calendas grecas*.

(El señor A).—¿Qué significa un pequeño avance o un ligero retroceso?

—Si se llama Verdun, nada; si se denomina casa del Barquero o Azucarería, es un triunfo esplendoroso. Quedamos, pues, en que a este paso pronto llegarán ustedes a Berlín ¿no es verdad? ¿Piensan ustedes aún destronar al Kaiser, recortar a Prusia,



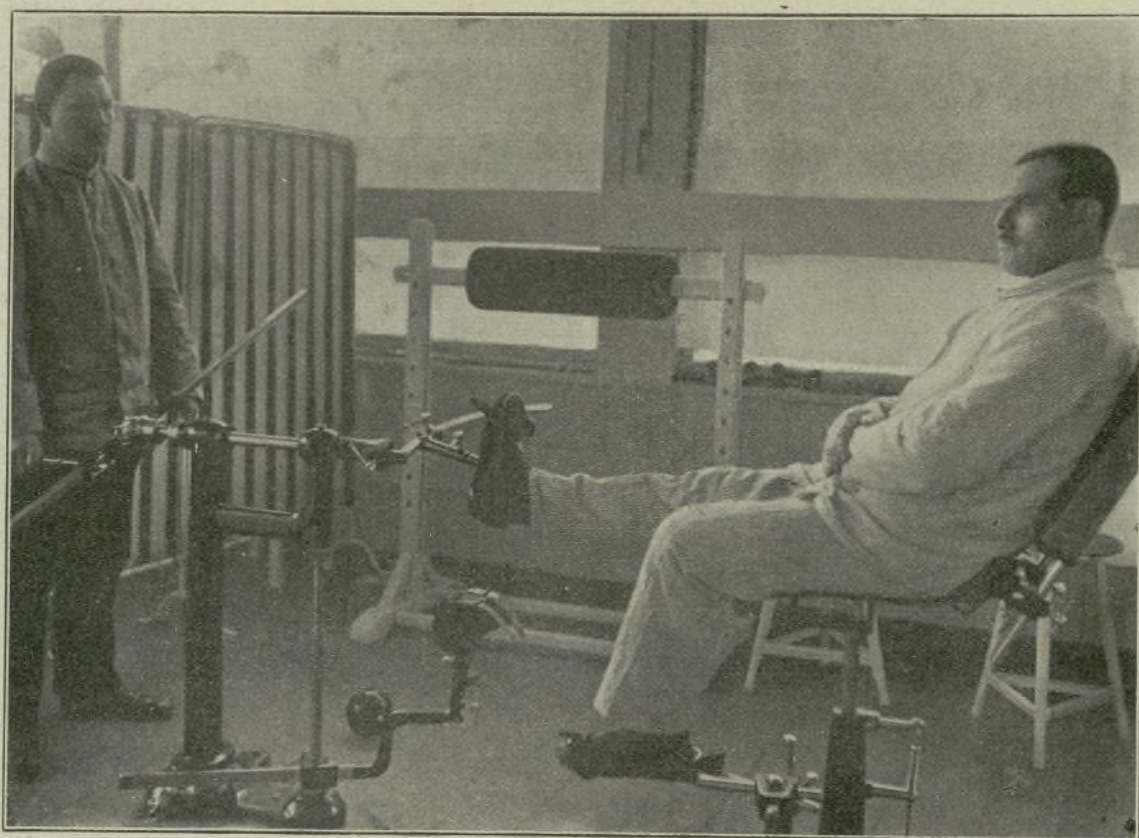


Aspecto del mercado de legumbres de Hamburgo



Estado de uno de los fuertes franceses al Norte de Francia, al ser conquistado por los alemanes





Ejercicios mecánicos de pies y piernas, en un lazareto alemán



La rada de Portsmouth, cerrada a la navegación con almadías



intervenir en los Estados alemanes, todo para mayor honra del derecho, y la libertad?

(El señor A).—Los alemanes caen como moscas en Verdun y nos dan hecho el juego; después no tendremos más que extender el brazo para coger el fruto.

—Olvidaba que los alemanes son tontos; pero, en cambio, recuerdo muy bien que, a diferencia del general Pau, no son mancos. A todo esto ¿cuándo ganan ustedes otra batalla del Marne? La próxima les va a llevar por lo menos a Lyon, no sé si de cabeza o por sus propios pies. ¡Qué sencillo y qué breve será para ustedes el relato de la guerra, cuando se firme la paz: con hablar del Marne, asunto concluído! Pero yo, en el lugar de ustedes, me avergonzaría de lo que sucede: los italianos están en territorio austriaco, los ingleses en territorio francés, los serbios enterrados por los corresponsales en Albania, resucitan por los mismos corresponsales en Salónica, los belgas hacen pinitos en el Camerún, sólo ustedes, pobre señor A, ganan la guerra en los periódicos.

(El señor A).—Necesito de toda mi paciencia para oírle a V., don Subrio.

—Gracias a que, en la mayor desgracia, van ustedes en buena compañía. Los rusos fueron derrotados por los alemanes y derrotan a su vez a los turcos.

(Los señores A y B).—¡La que le espera a Turquía...!

—Así será, pero los turcos, que huyen ante los rusos, tienen sitiados a los ingleses de Townshend y hacen correr a los de Aylmer; y los mismos turcos se hartaron de ver espaldas en Gallípoli y tienen en vela a los britanos en el canal de Suez. Aunque les duela, están ustedes cien codos por debajo de los rusos, que, según mis noticias, van a enviar una misión militar al O., a semejanza de aquella que ustedes les mandaron y que les costó una carrera en toda regla. Merecen ustedes toda mi compasión, mi lástima y mi piedad.

(Los señores A y B).—Ni las necesitamos, ni las queremos.

—Peor para ustedes. Con su pan se lo coman, que no será el K. K. de la emigración, sino el florido de la inmigración.

(Los señores A y B).—¿Son esas las gracias que hoy se le ocurren a V?

—Hoy no estoy para chistes; desde que he leído que Joffre y Douglas se pusieron de acuerdo para hacer fracasar el plan alemán...

(El señor A).—¿Cuál?

—Los alemanes atacaron Verdun para que la opinión francesa se agitara y obligara a los ingleses a tomar la ofensiva en Ipres, donde los teutones habían preparado un ejército formidable. Lo supo Joffre, y el muy ladino pidió por favor a los ingleses que no se movieran; Douglas ha hecho este inmenso sacrificio, y los franceses mueren contentos en Verdun, gritando: ¡Vive l'Anglaterrre! Lo repito, desde que he leído este fracaso alemán, apenas le he visto entrar a V., señor A, ¡me han venido unos deseos de entonar el *De profundis*!

(El señor B).—Menos mal que yo salgo bien librado.

—Tampoco, porque el *De profundis* del señor A

es *in terra*, mientras que el de V. es *super terram* y... bajo las aguas. No tengo humor para más.

SUBRIO ESCÁPULA

## EL ÉXODO RUSO

El *Ruskoie Slovo* ha publicado con frecuencia cartas de sus corresponsales en diferentes puntos del Imperio, describiendo los horrores de la evacuación de la población que ocupaba las provincias invadidas por los austro-alemanes. El asunto es, por desgracia, de perenne actualidad, porque no han cesado ni mucho menos los padecimientos de aquellos desgraciados. He aquí algunos fragmentos de las cartas expresadas:

«La cabeza de la ola de refugiados que se dirigía a Moskú ha rebasado Jucnovo. Detrás, la marea sigue creciendo. Cerca de Spasi Demyansk hay una caravana de centenares de kilómetros. A lo largo del camino, millares de familias acampan a la intemperie. En Roslav, donde se encuentran muchos refugiados, su número excede de 80,000. En conjunto, entre Roslav y Moskú hay en camino 130,000 internados. Hasta Roslav, diferentes organizaciones se ocupan en los refugiados, pero pasado aquel punto, los infelices quedan reducidos a sus propios recursos. Millares de ancianos, mujeres y niños, medio desnudos y descalzos, están mojados hasta los huesos por la lluvia. Unos han dejado atrás cuanto poseían y marchan a pie; otros, más dichosos, pueden tomar el tren. El camino está marcado por cruces. Los fugitivos ponen su esperanza en Moskú, en donde creen que encontrarán alojamiento, alimento y ropas. En Roslav algunos millares de carruajes vacíos han quedado abandonados. Muchos caballos han caído, otros han sido vendidos por diez o quince rublos. Han comenzado los robos y saqueos cerca de Roslav. Alrededor de Moskú acampan 150,000 ó 200,000 refugiados, por lo menos.

»Los numerosos refugiados que han salido de nuevo a Moskú y se han extendido a millares por los pueblos del alrededor forman un círculo extremadamente peligroso que envuelve a Moskú. Por razones sanitarias, se ha ordenado la rápida ejecución del plan de evacuación del Zemstvo de la capital.

»Muchos refugiados están en camino hace tres meses; la mayoría viajan en carros. Estos, cubiertos con pedazos de lona, en lugar de ser atalajados a dos caballos, sólo llevan uno y arrastan a cinco o seis personas. Los evacuados llevan consigo los objetos más inverosímiles. Uno conduce la lona que cubría su casita, porque le parece que era el mayor tesoro que poseía. En otro carruaje se encuentra una máquina de coser. En un tercero una silla de Viena.

»El convoy avanza silenciosamente. Los caballos, muertos de fatiga, ni siquiera se conmueven al paso de los automóviles. Los perros no ladran; las gentes callan. Desfilan como sombras grises o como dituntos. Ni siquiera los niños lloran. Esa ola gris, fantástica, recorre docenas y centenares de verstas; únicamente las cruces de madera blanca que bordean el camino denotan cuántos sufrimientos han pasado por allí. El personal de los hospitales se declara impotente. ¿Qué hacer? Se les lleva gente que padece



reumatismos agudos, pero nada se puede hacer por ellas porque pasan la noche al raso. El tifus causa estragos. Los casos de disentería son en número increíble. Otros padecen de bronquitis; no pocos de pulmonías. Entre los niños reina la escarlatina. Algunos tienen los pies estropeados o se los han quemado al acercarse a las hogueras de los campamentos. Muchas mujeres llevan sus trajes del domingo, porque los demás se han despedazado; gracias a estas particularidades se reconoce enseguida a qué provincia pertenecen. En los pueblos no se cesa de cocer pan, que se vende a precios exorbitantes. Se teme que a pesar de la abundancia de la cosecha se agote la existencia de harina. En las localidades por donde pasan los refugiados, se les compara a éstos con la nube de langostas. Rendidos de fatiga, se sientan en las aceras de las calles, en las cunetas de las carreteras, en los bosques, y se ponen a partir leña sin preguntar quién es su dueño. Apenas talado un bosque, prosiguen su camino, dejando detrás de sí el campo pelado. Todo queda destruido, sin yerba siquiera, ni heno, ni ramas o troncos de árboles derribados; el país se cubre con una polvareda sucia y gris. Los evacuados arrancan las patatas y las coles; se llevan el trigo y la avena. Un hacendado ha vendido su avena a precios irrisorios, porque, según decía, de todos modos se la habían de llevar los refugiados. Otro se queja de que le han robado las patatas. Aquellos desgraciados, poseídos por la desesperación, no se preocupan de quién es el dueño. Los más de los pequeños labriegos huyen ante los refugiados o demandan el apoyo de la fuerza armada. Es verdad que no se ha cometido ningún acto de violencia, pero en cambio el saqueo es general.

»En la última semana (de octubre) más de 17,000 refugiados han pasado por Kiev. Venían principalmente de las regiones de Dubno y Kovel, y contaban que muchos campesinos habían muerto de hambre o de enfermedad, durante su huida, en los bosques. Algunos grupos aislados, que al partir contaban 200 personas, han quedado ahora reducidos a cuarenta.

## LA BESARABIA

Víctima, aunque no en grandes proporciones, de la guerra, en su extremidad occidental, y limítrofe con Rumanía y Bukovina, la provincia rusa de Besarabia parece destinada a atraer sobre sí la atención pública cuando se reanuden las operaciones entre rusos y austro-alemanes. Por de pronto, constituye uno de los temas obligados de las discusiones en Rumanía.

En el siglo VII, antes de Jesucristo, ese país estaba habitado por los scitas; se cree que proceden de aquella época las «cien tumbas» que bordean el río

Pruth. Los fenicios se establecieron igualmente allí. En el siglo VI fundaron su colonia Offusia en el lugar en que actualmente se encuentra Akkerman. En aquella época, Grecia importaba de Besarabia el trigo y la leña. En el siglo IV, aparecieron los dacios, que fueron sometidos por Trajano en el año 106 después de J. C. Su territorio formaba la provincia romana de Dacia, y de entonces datan los muros romanos de Trajano, cuyos vestigios aún se ven en la parte S. del país. Se cree que la fusión de la población autóctona con la colonia romana, dió lugar a la raza rumana.

Desde el siglo III la Besarabia fué recorrida por frecuentes inmigraciones: godos, hunos antes, búlgaros y finalmente eslavos. Estos pueblos salvajes fueron vencidos y sometidos por los príncipes rutenos, y, efectivamente, figuraban en el ejército del príncipe ruteno Oleg, cuando su célebre expedición contra Constantinopla (908).

Más tarde, hasta el siglo XIII, se desató la invasión mongólica sobre la Besarabia. En aquella época la Besarabia y la Rumanía actual formaban varios principados, uno de los cuales tomó el nombre de Besarabia. A mediados del siglo XIV, este país se unió con el principado de Moldavia, que cayó bajo la dominación turca en el siglo XVI. En 1812 la Besarabia pasó a poder de Rusia; se le arrebató en 1828 la especie de autonomía que al principio se le había dejado, y en 1854 se transformó en un Gobierno completamente ruso.

Mide esta provincia una superficie de 456.000 kilómetros cuadrados, y está poblada por unos dos millones y medio de habitantes. Los rumanos forman la mitad de la población, siguiendo en número los ucranios, los judíos y los turcos. Los ucranios están en mayoría en el S. O.

Del terreno destinado a la agricultura, el 43 por 100 se encuentra en manos de los grandes propietarios; el 49 pertenece a los campesinos, pequeños propietarios, y el 5 al Estado, Iglesia y otras instituciones.

La principal ocupación de los habitantes es la agricultura, y el número de labriegos abunda más en Besarabia que en las demás provincias de Rusia. En lo que concierne al cultivo del maíz y de la viña, la Besarabia ocupa el primer lugar en el Imperio. Con una cosecha regular, la Besarabia, después de haber cubierto sus necesidades, puede exportar 100 millones de puds de cereales. Se calcula que la producción anual de trigo asciende a unos 170 millones de puds, la de avena a 4,5 y la de patata a 7,5.

Por su raza, su situación geográfica y los ríos que la bañan, la Besarabia es ante todo una región ucraniana, y en segundo término rumana, pero de rusa apenas tiene otra cosa que la administración y el régimen. Por su clima templado y hallarse fronteriza de Rumanía y Austria-Hungría, así como por bañarla el mar Negro, esa región es una de las mejores del Imperio.



## CRÓNICA MILITAR

I. La actitud de Turquía.—II. El método de ataque a las posiciones atrincheradas.—III. La importancia y proporcionalidad relativa de las armas.—IV. Las batallas de Verdun.—V. La situación el 24 de marzo

### I.—La actitud de Turquía

La campaña en los Balkanes parece que continuará interrumpida por ahora; los alemanes y austriacos han obtenido de ella el máximo fruto que podían desear, caiga o no Durazzo, porque han inmovilizado un fuerte ejército enemigo en Salónica, han limpiado de enemigos casi toda la Albania, han destruido a Serbia y Montenegro, han arrojado a los aliados de Gallípoli, y han abierto la comunicación con Constantinopla y el Asia Menor.

Al E. del canal de Suez sólo hay en armas tribus irregulares apoyadas por pequeños contingentes de tropas turcas. No se ha señalado ni advertido la llegada a Mesopotamia de refuerzos otomanos, aunque sí debe de haber allá más fuerzas que en noviembre pasado, vista la inutilidad de las tentativas del general Aylmers, en las dos márgenes del Tigris, por socorrer al ejército de Townshend, sitiado en Kut-el-Amara. Tampoco hay indicios de nuevas tropas turcas en Armenia, y menos aún en Persia. Aquellos centenares de miles de hombres que iba poniendo Turquía sobre las armas parecen haberse fundido; nadie podrá negar que de Asia podían salir ejércitos formidables, y que el transporte de toda clase de material de guerra desde Alemania a Constantinopla se efectúa con la mayor intensidad. Se ocurre la pregunta: ¿qué se propone Turquía, limitada a la defensiva en Mesopotamia, inactiva en Tracia y Macedonia, libre de preocupaciones en Europa, sin pensar en el canal de Suez, y en plena retirada en Armenia? La situación que resulta del conjunto de estos hechos, es la más sorprendente de cuantas hemos presenciado hasta aquí. Tan pronto parece que Turquía ha recobrado su antigua pujanza militar, como que se encuentra en plena desorganización y desmoralización. Lo prudente es aceptar un término medio.

La derrota de Turquía en Asia, siempre que no fuera completa y el derrotado conservara energía para resistir mientras fuera retrocediendo, beneficiaría positivamente a los Imperios centrales. A medida que ingleses y rusos se internaran en país enemigo, necesitarían más tropas, puesto que sin debilitar su frente de batalla habrían de atender a la ocupación de las comarcas conquistadas; además, si una victoria de los turcos pudiera producir la repatriación de los ejércitos ruso y británico, que serían llevados a otro frente, seguramente contra los austro-alemanes, la derrota de aquellos engendraría en Rusia y la Gran Bretaña el deseo vehemente de rematar la conquista, y compensar a expensas de Turquía los quebrantos padecidos en Europa, lo cual daría también motivo a reforzar las tropas que luchan en Asia. Resultarían descongestionados los frentes europeos, que son los que importan a los Imperios centrales, y recargados los asiáticos, con menoscabo y perjuicio de Turquía. Sería, pues, explicable, y hasta plausible, la conducta de ésta si realmente mediara un acuerdo

formal entre ella y sus aliados del centro de Europa, tal que garantizara al imperio otomano la devolución de todas las provincias que perdiera en Asia, si la victoria se declaraba por los germanos. Otra circunstancia da cierta verosimilitud a esta hipótesis: la región por donde se están extendiendo los rusos, es la más odiada por los otomanos: el nombre de Armenia lleva a la memoria el recuerdo de horrores y violencias que no es menester detallar, y, por consiguiente, los genuinos musulmanes no se considerarían lastimados porque sean los armenios y sólo los armenios quienes padezcan la invasión rusa.

Pero esa pasividad no puede llevarse demasiado lejos, tratándose de un país tan atrasado como aquel, porque sobrevendría la desmoralización y de ahí la descomposición anterior. Se la ha de poner término oportunamente, si se quiere evitar que el remedio, por enérgico que sea, llegue demasiado tarde. Considerando la situación en conjunto, no es este aún el momento de que los turcos se lancen a una acción resuelta. El más indicado será aquel que siga a una ofensiva violenta de los austro-alemanes en Rusia, y tal vez también en Francia o Italia. Empeñados los ingleses y rusos en Oriente, queda allanado el camino a los germanos; al pronunciar su ataque, si éste es afortunado, tendrá que detenerse la invasión rusa en Asia, y entonces será la ocasión más propicia para que Turquía intervenga a su vez. Este cuadro, por lógico que sea, tiene más de teórico que de real, porque es muy dudoso que ni Turquía ni nadie se resigne a llevar la peor parte, con la sola garantía de que a su debido tiempo será recompensada; pero si algún país de los que ahora se encuentran en guerra se presta a posponer el interés propio al colectivo, es sin duda Turquía, porque la escasa instrucción y el atraso del pueblo le dan una docilidad en otros imposible.

Sea como quiera, la actitud presente de Turquía no hay que aceptarla como definitiva, ni atribuirle exclusivamente a la impotencia; aquel Imperio no ha dado aún de sí la cuarta parte de lo que puede dar.

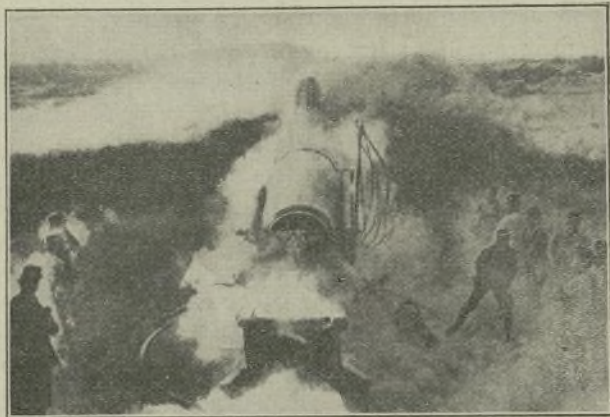
### II.—El método de ataque a las posiciones atrincheradas

No se han publicado, y, por consiguiente, no se conocen detalles sobre los métodos que actualmente se emplean en el ataque a las líneas atrincheradas. Los beligerantes, lejos de darlos a conocer, propalan los rumores más absurdos e inadmisibles, con objeto de herir en lo vivo la imaginación popular, dar una compensación al vencido y hacer creer que la victoria se ha obtenido a costa de pocas bajas. Las batallas de Verdun están dando lugar a una recrudescencia de esas noticias contradictorias. Sin pretender acertar por completo, expongo a continuación el método que creo más aproximado a la verdad; por lo menos, se deduce directamente, a poco que se



medite en ello, del empleo de la artillería pesada en los ataques y de la forma como se desarrolla la batalla en sus líneas generales.

Está casi fuera de duda que en los primeros meses de la guerra, cuando se quería asaltar una posición atrincherada, se la batía directamente con toda



Disparo de un mortero francés en la Champaña

la artillería disponible, y enseguida se lanzaban al ataque una sucesión de líneas de infantería, que se iban embebiendo en la más avanzada, hasta darle una densidad parecida a la del orden profundo. El procedimiento dió buenos resultados al principio, pero no se tardó en encontrar el medio de que abortara: se multiplicaron las líneas de trincheras, se redujeron las guarniciones de la primera, a expensas de las ametralladoras y armas automáticas y de fortuna, se aumentaron y perfeccionaron las comunicaciones protegidas con la retaguardia; y de esta manera, cuando el enemigo pronunciaba su asalto, le recibía un fuego terrible desde las líneas situadas más atrás, y enseguida sobrevenía el contraataque, a favor de los caminos cubiertos; medio destrozada la primera línea, no tardaba en hacerse insostenible la posición en ella del vencedor. Hubo necesidad de pensar en otro método más eficaz y que no fuera tan sangriento, derivándose poco a poco hacia el actual, que fué empleado por vez primera en la Champaña y perfeccionado ahora delante de Verdun.

La primera línea de trincheras no tiene, de ordinario, más objeto, que contener algún tiempo al atacante para exponerlo al fuego de las trincheras que hay un poco más atrás y están más fuertemente guarnecidas, y dar ocasión a la artillería propia para concentrar su tiro sobre las masas enemigas. De consiguiente, más interesante que la destrucción y la posesión de la primera línea de atrincheramientos es la desorganización de los que se encuentran a retaguardia. Contra ellos apenas sirve la artillería de campaña; la obra tiene que ser encomendada a la pesada, a los grandes calibres.

Cuando el ataque ha de dirigirse contra un sector determinado, se comienza por batir el terreno situado a retaguardia del objetivo, con objeto: 1.º de cortar la comunicación entre él y la posición a tomar, de primera línea; 2.º de obligar a retroceder a las reservas, o por lo menos precizarlas a que se guarezcan en los abrigos; 3.º apagar el tiro de la artillería enemiga, y, si no es posible, atraerlo hacia la propia. De esta manera, el objetivo y una cierta zona

atrás y a los lados, es poco maltratado por el fuego de la artillería pesada, pero queda aislado, propiamente convertido en un islote rodeado por el fuego enemigo. La artillería de campaña, las ametralladoras y la fusilería a su vez, baten vigorosamente el objetivo, sobre el que producen más efecto moral que material, contribuyendo a acentuar la depresión que en el ánimo del defensor enciende el tener cortadas sus comunicaciones. Cuando se cree que la artillería pesada ha cortado eficazmente el paso a las reservas enemigas, se pronuncia el ataque de infantería, en una doble formación: unos grupos, en orden denso y sin apenas disparar, procuran envolver la posición enemiga, atravesando por los claros existentes en la primera línea y marchan a establecerse todo lo más adelante que pueden; al mismo tiempo, líneas más sutiles, con proyectiles arrojados, realizan el ataque propiamente dicho, que, si la acción ha sido bien preparada, es rápido y de corta duración; el defensor, aislado, envuelto en parte o del todo, y acometido de frente, lucha hasta morir, o, lo que es más frecuente, rinde las armas.

No de otra manera que de la expuesta me explico las ventajas parciales, aunque incesantes, que están obteniendo los alemanes en el sector de Verdun. No las obtuvieran de seguro si las reservas francesas tuvieran posibilidad de intervenir oportunamente, ni caerían prisioneras las tropas de los puntos atacados; claro está que si las batiera la artillería pesada, o perecerían entre los escombros de las trincheras o se replegarían a las líneas posteriores. Según esto, la superioridad numérica y el valor de los combatientes apenas intervienen en los éxitos de los asaltos: la decisión se debe al encuadramiento del objetivo, mediante el empleo de los grandes calibres. Y como se sostiene la ofensiva alemana tantos días, hay que concluir que los franceses no han podido todavía contrarrestar el formidable fuego de las piezas pesadas enemigas, bien porque no dispongan de tanta artillería de esta clase o por otros motivos que se desconocen.



Ginetes austriacos tiroteando a los rusos en Galicia

### III.—La importancia y proporcionalidad relativa de las armas

Las personas, y son muchas, dadas a sacar conclusiones prematuras de la guerra y llegar a conclusiones nuevas, pasmosas, brillantes, que les acrediten de sagacidad y perspicacia, han comenzado a



sustentar las más extrañas teorías sobre la importancia de las diversas Armas y cuerpos y acerca de su proporcionalidad en la composición de los ejércitos.

Una gran mayoría de teóricos da por fenecida a la caballería; otros, en número también crecido, creen que la infantería ha dejado de ser «la reina de las batallas» y le ha arrebatado el cetro la artillería; no pocos se mofan de las fortificaciones.... Lo cierto es que todos toman lo circunstancial por lo fundamental, la forma por el fondo. Tal vez será oportuno que hagamos algunas consideraciones sobre esos puntos.

Entraron los cuerpos de ejército en campaña con un cierto número de piezas de artillería, en número que variaba de cuatro a seis por cada 1.000 infantes. Poco a poco, la dotación de artillería aumentó, y hoy hay divisiones que llegan a contar la enorme cifra de doce y dieciseis cañones por cada 1.000 infantes. Paralelamente a esto, como causa original de semejante aumento, en la guerra de posiciones que se sostiene en los frentes oriental y occidental, y en parte también en el austro-italiano, los combates se preparan y resuelven por el fuego de la artillería pesada, encomendándose a la infantería—en el bando atacante—coronar el resultado con el asalto a viva fuerza. De esto a declarar que la artillería es quien resuelve las batallas no hay más que un paso, que ha sido franqueado por quienes se dejan llevar por las apariencias, sin mirar al fondo de las cosas. Es menester escudriñar un poco más en lo íntimo.

En primer lugar, la artillería pesada, no la de campaña, ha sido necesaria en grandes masas en la guerra de trincheras, por la sencilla razón de que la infantería, reforzada en su potencia ofensiva por las ametralladoras y otros ingenios, y en su capacidad defensiva por las trincheras y abrigos de todo género, resultaba prácticamente invencible; ni los cañones ligeros, ni la infantería del ataque podían nada contra ella, y de aquí que se haya tenido que recurrir a armas más potentes y destructoras. Luego la consecuencia es que si la artillería ha tomado incremento, ha sido porque la infantería alcanzaba una eficiencia que no se sospechaba antes.

Dentro de esta guerra de posiciones y toda vez que sin la previa destrucción de los reparos en que se resguarda el defensor no es posible el avance del atacante, era natural que el ofensor acumulara en el sector elegido todos los medios de guerra de que pudiera echar mano, y de aquí el aumento en la dotación de artillería pesada, sin otro límite que el de la capacidad industrial de las fábricas de artillería y de municiones. Pero esto no quiere decir, ni con mucho, que en la organización normal de una división, haya de figurar la artillería en las proporciones en que ahora se encuentra en los frentes de batalla. Porque hay que observar que esa proporción sólo existe en las líneas atrincheradas, pero no en el conjunto del ejército en armas, que es el que debe tenerse presente en una organización general.

Recordemos, antes de examinar esa diferencia, que en fecha todavía reciente se dividía la artillería de campaña, según sus cometidos, en dos grupos: uno de ellos estaba destinado a romper el fuego al ponerse el enemigo a la vista, a contrabatar la artillería enemiga hasta reducirla al silencio y a dirigir entonces su tiro contra las masas de infantería del

adversario, para facilitar el avance de la infantería propia; el segundo grupo, no entraba en acción hasta que el enemigo había desplegado todos sus elementos de combate, y conseguido este propósito rompía el fuego para afirmar la superioridad, siendo empleada siempre contra objetivos determinados y no con carácter de generalidad. Ya en la guerra ruso-japonesa este método entró en declarada crisis; posteriormente, los alemanes lo desecharon franca y completamente, no tardando en imitarles los franceses, que todavía hacían reservas sobre el particular, y aceptándose por último un método opuesto, consistente en que el duelo de artillería no debía de ser la fase preliminar de la batalla, sino que lo que importaba era desorganizar y quebrantar la infantería adversaria, puesto que ella era, y nadie más que ella, quien debía provocar la decisión final; y al mismo tiempo, se reputó fuera de duda que toda la artillería había de desplegar desde el primer momento, sin pérdida de tiempo; los alemanes, exagerando el principio, sostuvieron que las piezas podían muy bien excusarse de asentarse en posiciones desenfiladas o por lo menos ocultas, toda vez que lo que convenía era la rapidez de acción, y que nada importaba que algunos cañones fuesen desmontados si a este precio se lograba la superioridad mediante el más rápido despliegue de fuegos. Así lo ejecutaron en la primera fase de la campaña; ignoro positivamente los resultados que les dió esta táctica, pero no creo andar lejos de la verdad diciendo que la experiencia les ha obligado a mostrarse más precavidos.

Pues bien, este mismo principio, que en lo expuesto queda reducido al terreno de la táctica, ha sido ampliado al cuadro general de la organización del ejército. Todos los elementos ofensivos de combate, y claro que si son ofensivos lo son también defensivos, que posee una nación, han de empeñarse desde luego contra el adversario, de igual manera que sucedía dentro de cada división, y a este efecto han de enviarse al frente de batalla todos los cañones, obuses y morteros disponibles, dentro de lo que permite la movilidad de la maniobra o la estabilidad de la lucha de posiciones. Pero el nervio del ejército, la infantería, que al fin y al cabo es quien ha de arrancar la victoria, se reserva para que en ningún momento flaquee o falte.

De esta suerte, sería un grave error calcular la dotación de artillería que debe haber en un ejército por el número de piezas que cuenta una división en el frente; en éste se encuentra toda la artillería del ejército, pero no toda la infantería. En el occidental, por ejemplo, hay división que tiene hasta dieciseis cañones por 1.000 infantes, pero en segunda y tercera línea, ya en Bélgica, existen muchos miles de infantes sin un solo cañón. Se comprende que sea así porque por cada cañón que queda inutilizado caen bajo el plomo enemigo algunos millares de soldados. No se han publicado, y, por consiguiente, ignoro la proporcionalidad de bajas entre las diversas Armas, pero recuerdo perfectamente que en las relaciones que publicaban los periódicos diarios alemanes de los muertos, heridos y desaparecidos, y que leí hasta junio del año pasado, sorprendía la inmensa desproporción entre las bajas de infantería y las de artillería; estas últimas eran mínimas, insignificantes, corroborándose de este modo que hoy el verdadero



objetivo de los proyectiles de toda clase lo constituye la infantería.

Al cabo de veinte meses de guerra, los beligerantes saben que sin una gran potencia artillera no es posible la victoria; pero saben también que esta victoria es la infantería quien la ha de conquistar, y para aunar los dos propósitos envían al frente el mínimo indispensable de infantería y el máximo de artillería, manteniendo en reserva copiosos núcleos de infantes, sin artillería, destinados a llenar las bajas y a entrar en línea en el momento psicológico. Sería, pues, tan caprichoso decir que en una división debe de haber dieciseis cañones por cada 1.000 infantes—divisiones del frente—como sostener que una división de infantería puede prescindir de la cooperación de la artillería—divisiones de tercera línea—y todas las que hay en el interior del país, aparte, como es lógico, del ejército territorial.

Según dije en otra ocasión, la tendencia alemana consiste en aumentar en los cuerpos de ejército los escalones antes llamados de retaguardia, para incluir en ellos masas de artillería pesada, que en realidad no forman parte de aquella unidad estratégica, sino que se emplean del modo que ordena el comandante del ejército; como en alguna parte se ha de llevar encuadrada, se les asigna para la marcha un lugar en el cuerpo de ejército. Esta organización sólo reza con un cierto número de divisiones, las que forman el nervio del ejército de primera línea, menos de la mitad del ejército empeñado realmente en las operaciones; las demás, destinadas a reforzar el frente de batalla en los sectores más importantes, no necesitan de piezas, porque las encuentran en los sectores a donde van destinadas.

Aparte de esto, es evidente que si se pudiera fabricar más piezas y el número adecuado de municiones, se extendería aún más el campo de acción de la artillería, pero siempre en el sentido de llevarla a vanguardia, con las divisiones más robustas, y no repartiéndola entre todas con uniformidad. Eso, admitiendo que no sobrevenga un cambio radical, como apunté en otra *Crónica*, en el modo de ser de las armas actuales, porque la verdad es que el consumo de municiones, ya fantástico, llegará pronto a revestir tales proporciones que no habrá país, por poderosa que sea su industria, que pueda hacer frente a las necesidades del consumo en tiempo de guerra.

Desde otro punto de vista, huelga la comparación entre las dos armas, en lo relativo a su importancia. Ninguna de las dos puede pasar sin la otra; si la artillería prepara, la infantería recoge. Hay, empero, una consideración fundamental que no debe dejarse en silencio: el cañón, lo mismo que el fusil, que la ametralladora y que la trinchera representa la parte material de la guerra; el infante sintetiza el elemento humano, y si la guerra se hace con armas, la victoria se alcanza con la voluntad, con la inteligencia y el corazón. La artillería destruye, la infantería edifica. Sin la artillería, la infantería sería derrotada sin gloria ni provecho; sin la infantería, la mejor artillería del mundo no ganaría una batalla. En vez de entablar competencias pueriles y funestas, hay que inclinarse ante la realidad, que a las claras dice que ambas armas son igualmente necesarias, y han de fundir y compenetrar su acción y sus esfuerzos.

La materia es larga; quede para otra *Crónica* el extender el cuadro a otras Armas y servicios.

#### IV.—Las batallas de Verdun

En el sector de Verdun, los alemanes, después de una minuciosa preparación de artillería, han avanzado en la línea Avoucourt-Malancourt, de la que se han apoderado, haciendo 3.500 prisioneros y cogiendo algún material de guerra. Este avance representa una maniobra de flanco contra las posiciones avanzadas francesas del O. del Mosa. Fueron atacadas directamente desde el N. hasta tomar posesión de la meseta del «Mort Homme», y ahora se las flanquea por el Oeste. Si este movimiento, que sin duda será tan lento como los anteriores, tiene éxito, se pondrá a los franceses en el caso de replegarse a la cortina defensiva de los fuertes permanentes y obras complementarias; en ella podrán desplegar una resistencia tenaz y porfiada, pero la situación se hará verdaderamente crítica. Confirmada, en efecto, por estas batallas, la superioridad de la artillería pesada alemana, al atacante le interesa poseer un frente de despliegue lo suficiente vasto, para asentar todas sus baterías y para permitir la concentración de fuegos. Al mismo tiempo, a medida que se reduce el área ocupada por los franceses, se les obliga a concentrar más sus reservas, exponiéndolas más al fuego del sitiador y causándoles bajas sin provecho ninguno para el defensor. De esta suerte, si los alemanes extienden su frente de envolvimiento alrededor de Verdun, el tiro de su artillería pesada será mucho más eficaz que hasta aquí, sin que al sitiado le quede otro dilema que retirar tropas a retaguardia o exponerlas a pérdidas inútiles, que podrían desmoralizarlas. Podría también contraatacar enérgicamente, y no pocas personas extrañan que el general Petain no haya tomado ya este partido; es inadmisibles, por la repetida superioridad de la artillería alemana en grandes calibres, que contiene los contraataques en el momento mismo en que se inician. Esto explica por qué los franceses, al contrario de lo que acontece en otros puntos del frente, retroceden lentamente, pero retroceden, y que los alemanes se afirmen con tanta solidez en las posiciones que van conquistando.

Necesita ampliarse y desenvolverse el movimiento envolvente de Malancourt para que la crisis sea inminente; no cabe, empero, desconocer que habiéndose acercado los alemanes, por el E., hasta el pie mismo de las «Côtes» del Mosa, roto el frente principal de defensa en el N. y estableciéndose en Douaumont y Vaux, y poseyendo, en Saint Mihiel, un punto de paso sobre el río, la continuación del movimiento de penetración por el O. les pondría en condiciones de intentar un ataque general, bastando que triunfara en uno de los lados para que los franceses padecieran una derrota desastrosa. Esto es lo que tiene de grave la maniobra de Malancourt, y si en algún lugar de este sector parece indicado y necesario un contraataque del sitiado, es ahí, en el Oeste del río; se puede aceptar sin demasiada inquietud cualquier progreso del atacante, menos el que le dé facilidades para maniobrar contra la línea de retirada, en un concepto, y, en otro, batir de revés la masa principal de las reservas. Parecen, pues,



inevitables empeñados combates al S. y S. E. de Malancourt; el general Petain ha de tener un interés supremo en atajar la marcha del enemigo en el lugar más vulnerable, el más peligroso para los franceses. Para evitar la contraofensiva del adversario, no sería extraño que los alemanes reanudasen sus ataques en el N. o en el E., porque todavía es pronto para entablarlos en el S., en Saint Mihiel, punto llamado a desempeñar importantísimo papel en el último período de las batallas de Verdun.

No hay que contar, en efecto, con que las defensas de Verdun caigan a pedazos, una tras otra, y que gradualmente retrocedan los franceses hasta evacuar por completo el campo atrincherado, si persisten los éxitos alemanes. Estos buscan en Verdun, no la plaza fuerte, sino el escudo que protege al ejército francés y le sirve de fuerte apoyo para el resto de su línea. El objetivo final lo constituye la masa de tropas, y el ataque a los fuertes y posiciones sólo se proseguirá en tanto sea indispensable para asegurar más tarde la libertad de maniobra. Cuando nuevas ventajas en el O. y E., y acaso también en el N., permitan el avance combinado del ejército alemán, no serán los fuertes que aún estén en pie quienes se opongan: será menester oponer masas a las masas. En este momento llegará su oportunidad a Saint Mihiel, por donde pueden pasar al O. del Mosa las tropas alemanas allí dispuestas y maniobrar contra la espalda de los franceses. De consiguiente, el último período del sitio habrá de degenerar en una batalla de maniobra, que podría acelerar la terminación de la guerra. No hay duda que los franceses se dan perfecta cuenta de esta eventualidad; tal vez el tesón que ponen en la defensa tiene como objeto principal el dar tiempo a la completa organización de una nueva línea de batalla más al S. y al O., a la que se replegarán, evacuando el campo atrincherado, bajo la protección de los fuertes, que harán las veces de eficacísimas retaguardias. El avance por Malancourt acaso se deba al deseo alemán de evitar, o por lo menos trastornar, esos preparativos.

En resumen, pese al tiempo transcurrido, las batallas de Verdun no constituyen meros episodios de un sitio de una fortaleza; su trascendencia y objetivo son mucho mayores. Desde 1.º de marzo, los franceses han dispuesto de tiempo más que suficiente para que la finalidad principal que persiguen los alemanes—la batalla contra el grueso del ejército—no se realice, según dije en la *Crónica* anterior, pero para ello es menester que se ponga término inmediato a los progresos del atacante o que se evacúe la fortaleza antes de que el sitio llegue a su fase más crítica. El mayor interés militar se cifra en el conocimiento de la solución que tendrá este problema.

#### V.—La situación el 24 de marzo

Prosigue el avance de los rusos en Persia; han entrado en Ispahan. La dirección general del movi-

miento de las tropas que operan en Armenia, en combinación con las que se extienden por Persia, hace creer que se tiende a alcanzar el Tigris y caer sobre Bagdad, pero esta capital está aún muy lejos y han de transcurrir varias semanas antes de que las operaciones de los moskovitas influyan directamente en los acontecimientos de Mesopotamia. No ha habido cambios en la situación en este último teatro, y tampoco se han recibido noticias de nuevos éxitos de los rusos en la región del litoral del mar Negro.

Los ingleses han contenido las incursiones de las tribus indígenas que desde Libia se habían corrido al Egipto occidental. En la frontera inmediata al canal de Suez no se han reanudado los combates.

Persiste la pasividad en Salónica y frontera greco-búlgara. Los austriacos no se han acercado más a Valona. Grecia ha declarado la anexión a su favor del Epiro septentrional, que en 1913 se acordó formarse parte del reino de Albania.

En el teatro austro italiano, a la ofensiva de los italianos respondieron los austriacos con una contraofensiva violenta, que les permitió obtener algunas ventajas en la punta N. de la meseta del Carso. Con todo, la situación en conjunto permanece estacionaria, aproximadamente la misma que al comienzo del verano pasado. En estos días, son los austriacos los que, en general, asumen la iniciativa.

Los rusos, que se mostraban preocupados por una ofensiva alemana, que creían inminente, en el Norte, han entablado la batalla, con fuerzas considerables, en el sector del Duina, desde el S. de Riga, a la región de los lagos. Han atacado con grande energía, habiendo sido rechazados en todo el frente, salvo en un pequeño pueblo, que ha caído en sus manos. En el extremo meridional del frente, otra ofensiva análoga de los rusos les ha puesto en posesión de Uscietsko, cabeza de puente en la orilla norte del Dniester; este éxito es de relativa importancia, porque Uscietsko permitía a los austriacos desembocar, cuando reanudasen sus operaciones, contra el flanco de la línea rusa en la Galizia oriental, y, por consiguiente, constituía una amenaza para los moskovitas. Consideradas en conjunto estas operaciones, la manera como se las ha conducido indica antes el deseo de mejorar la situación de la línea rusa, que el de romper el frente enemigo y arrojar atrás al invasor. Por el momento, no se sabe si los rusos persistirán o no en los ataques, que, si continúan siendo rechazados, no podrán menos de favorecer la ofensiva de los austro-alemanes cuando por fin la emprendan. Hace muchos meses que no se descubre un pensamiento estratégico concreto y amplio en el campo ruso.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

25 de marzo 1916